

UN SUEÑO DEMOCRÁTICO



EL Instituto Regional Castellano-Leonés tiene dificultades administrativas, esto es, gubernativas. Las ha tenido en Avila, las ha tenido en Palencia, donde no pudo ser presentado públicamente en el mes de marzo. El acto ante notario en Paredes de Nava, a principios del mes de abril, previo al registro como sociedad anónima, fue rodeado de un aparato de control. Por fin ha sido prohibida la asamblea regional que debería haberse celebrado en Villalar el pasado 25, aniversario 455 de la derro-

ta de los Comuneros. Las notas periodísticas de las vísperas con la convocatoria se entrecruzaban con las de la prohibición. Se calcula que iban a desplazarse a Villalar unas ocho mil personas. No obstante, acudieron seiscientos. Los ramales de acceso al pueblo estaban controlados. Fue posible, no obstante, comer en un prado comunal gracias a la concesión del alcalde. Guardia Civil a pie y a caballo rodeaba la pradera. La romería regional fue disuelta cuando la gente formó corros para cantar y bailar. Lentamente se puso en marcha hacia Tordesillas una larga caravana de coches que se iba a desfilar definitivamente en los pinarillos de los alrededores del pueblo... Así se disolvía un acto que sin duda iba a ser un hito en la recuperación de una conciencia regional. Durante unos momentos había ondeado en la punta de un chopo un pequeño banderín sobre estas tierras por las que un día se desvaneció el sueño democrático de Castilla ha sido siempre como un relevo que muy de tarde en tarde se pasan algunos hombres no dispuestos a que la Historia de España se subsuma en la de Castilla, mientras la realidad de ésta es emigración, subdesarrollo, puro esquema retórico. ■



RECUERDO DEL CASTELLANO

AHORA que por fin ha aparecido un diario en lengua catalana sería interesante que se publicase un diario escrito en castellano. Con una buena plantilla de traductores para interpretar los discursos políticos y los editoriales de algunos diarios madrileños. Quizá fuese difícil encontrar traductores y redactores para ese diario. Quedan algunos, en los pueblos y en el exilio, que todavía conocen el castellano, lengua que se está perdiendo. También lo practican los judíos sefarditas de Salónica y de Israel, y numerosos escritores americanos.

El problema del idioma castellano es que se entiende todo. Por eso ha caído en desuso y se está sustituyendo por un dialectillo suficientemente confuso. Hay quien dice que el español —que no el castellano: son cosas muy distintas— se ha ido retorciendo a lo largo de los siglos por obra de Torquemada, Arias Salgado y Sánchez Bella, entre otros censores. Los escritores han tenido que ir deformando el viejo idioma de "al pan, pan, y al vino, vino" para poder decir las cosas de forma que los censores no se enterasen demasiado. A esta desesperación fría y calculada se ha llamado muchas veces estilo.

El español se había anquilosado en unas fórmulas nacidas y construidas por el Régimen anterior. Había perdido toda su capacidad expresiva. El castellano iba quedando, cada vez más, como una lengua muerta. Pero ahora, de pronto, al intentarse cambiar las fórmulas del antiguo Régimen —lo de antiguo no quiere decir que haya desaparecido, sino, simplemente, que es antiguo— se está tratando de renovar el idioma. Es horrible. Las gentes de la política no saben qué inventar. La intención de decir y no decir al mismo tiempo les lanza a un barroco insufrible. Se les adivina penosos y jadeantes sobre las cuartillas, buscando vocablos, enrareciendo frases, oscureciendo párrafos. Oposición y Régimen rivalizan en este torneo del idiotismo.

Un pueblo perplejo lee y escucha. Y no entiende. Un país perplejo ve a sus prohombres en la pantalla de la televisión, peinados y repeinados, impecables de atuendo, sonrientes, y perorando de una manera incomprensible. Haciéndose los populares y los llanotes a base de terminaciones en "ao", comiéndose ya la "d" del lenguaje culto. Los miembros de la familia se consultan unos a otros: "¿Qué ha dicho?". Y el padre finge comprender para defender los últimos vestigios de lo que fue un día la autoridad familiar, y dice: "Dejadme oír, ya os lo explicaré después". Y cuando llega ese después, dice: "Total, no ha dicho nada". El no sabe realmente que el personaje no ha dicho nada, pero ha acertado.

Y el pueblo responde a ese lenguaje con su argot de desmádre. Con su dialectillo de "rollo" y de "corte".

Quizá un diario escrito en castellano podría devolver su ternura al viejo idioma perdido. ¿Lo entendería alguien? Si, lo entendería todo el mundo. Por lo tanto, sería prohibido. Tal vez dijera las mismas cosas que pretenden decir los demás, pero las diría claramente. Y nuestro tiempo prohíbe lo claro, lo directo, lo que se entiende. No sabe prohibir el fondo, porque no lo conoce. Y porque no puede. Una superficie se tapa o se disfraz. Un fondo permanece inalterable. Aunque pasen cuarenta años. ■

POZUELO